

Pues, señor, había una vez un pobre jornalero que tenía dos hijos. El mayor se llamaba Juan, y era algo tonto; el menor se llamaba Pedro y, al revés que su hermano, siempre andaba haciendo de las suyas, preparando alguna trampa o engañando a la gente. Por eso le llamaban Pedro el de Malas.

Como no tenían nada que comer y ya estaban en edad de trabajar, decidió poner al mayor con un labrador rico que vivía en aquellos contornos. Fue Juan a casa del labrador rico y éste se quiso aprovechar de él, diciéndole que podía entrar a servir con él, pero con estas dos condiciones: primera, que no podían enfadarse ninguno de los dos, y al que se enfadara el otro le sacaría una tira de pellejo desde el cogote a los talones. Y segunda, que la paga no sería hasta que cantara la cuquilla.

Bueno, pues quedó conforme Juan y preguntó que qué había que hacer. Entonces el amo le mandó que trajera un carro de leña, pero que no lo metiera ni por la puerta principal ni por la del corralón.

Fue Juan y cortó la leña, la echó en el carro y se presentó en la casa. Como no había más que dos puertas, se puso a gritar desde fuera:

—¡Señor amo! ¿Por dónde quiere usted que meta la leña?

—Ya te lo he dicho, hombre. Ni por la principal ni por el corralón.

—¡Pero eso no puede ser!

—¡Ah!, ¿te enfadas?

—Pues no me he de enfadar. A ver quién no se enfada si no hay por dónde entrar.

Y el amo le dijo:

—Pues entonces, la tira de pellejo.

Y le arrancó una tira de pellejo desde el pescuezo hasta el calcañar, y así, todo dolorido, lo despachó.

Llegó el pobre Juan a su casa y contó lo que le había pasado.

—¡Cómo que eres tonto! —dijo Pedro—. Conmigo podía dar ese tío.

Pedro le pidió licencia a su padre para ir a trabajar a la misma finca. Cuando llegó, no le dijo al amo quién era, y éste le contrató en las mismas condiciones que a Juan. También le puso el mismo trabajo, y que no metiera el carro ni por la puerta principal ni por la del corralón.

Pues muy bien. A la tarde ya estaba Pedro con su carro de leña a las puertas del caserío y, como no tenía por dónde meterlo, ni corto ni perezoso cogió un pico y, ¡bim!, ¡bam!, ¡bim!, ¡bam!, abrió un hueco en la pared tan grande como para meter un carro. El amo, cuando vio el destrozo, empezó a relatar:

—¿Pero qué estás haciendo, Pedro?

—¿Se enfada usted, señor amo?

—No, hombre, no me enfado. Pero no me da gusto —dijo el amo, y añadió por lo bajini—: «¡Malaspuñalás te den!».

—¿Decía usted algo?

—No, nada, nada.

Esa misma noche mandó el amo a Pedro a una cámara que estaba llena de harina y le dijo que tenía que cernerla toda para por la mañana. Pedro esperó a que todos durmieran y se puso a tirar toda la harina por la ventana.

Al otro día se asomó la hija del labrador por la ventana y dijo:

—¡Huy, si ha nevado...!

Cuando se levantó el amo y vio aquello le preguntó a Pedro:

—Pedro, ¿qué es lo que ha ocurrido?

—Bien claro lo ha dicho su hija: que ha nevado.

—¿Cómo?

—¿Se enfada usted, señor amo? —preguntó Pedro.

—No me enfado, pero no me da gusto —contestó el amo, y añadió por lo bajo—:

«¡Malas puñalás te den!».

—¿Mande?

—No, nada, nada —dijo el amo—. Que ahora me vas a sembrar dos fanegas de trigo, pero que esté bien sembrado para la tarde, ¿estamos?

—No faltaría más —contestó Pedro.

Y Pedro se fue tan campante para las tierras que tenía que sembrar. Echó las dos fanegas juntas en un surco, lo arropó y se echó a dormir. A mediodía llegó la criada del amo a llevarle la comida, que era un puchero y un plato, y le dijo:

—Dice el amo que no vuelques el puchero en el plato ni lo destapes.

—Está bien —dijo Pedro.

Y cogió una piedra y le dio golpecitos al puchero hasta que hizo un agujero. Por allí sacó toda la comida y se la comió. Luego siguió durmiendo. Por la noche, cuando llegó a la casa, le explicó al amo cómo había hecho la siembra, y cuando vio la cara que ponía le dice:

—¿Se enfada usted, señor amo?

—¿Enfadarme yo? ¡Qué va, hombre!

Aquella noche el labrador se puso a discurrir con su mujer:

—Este maldito Pedro nos va a arruinar. Hay que pensar en algo para acabar con él.

Se acordaron entonces del gigante que vivía en lo alto de la montaña y decidieron mandarlo allá con algún pretexto. A la mañana siguiente le dice el amo a Pedro:

—Mira, vas a llevar la piara de cerdos a comer a lo alto de la sierra. Pero a lo más alto que puedas, porque hay mucha bellota y los animales tienen que hacer ejercicio.

Bueno, pues allá que va Pedro con la piara, y por el camino le salen unos tratantes que le dicen:

—¿Cuánto quieres por los cerdos?

—Pues a tanto la arroba —contestó Pedro como si fueran suyos—. Un precio muy barato —y añadió—: Pero con la condición de que tenéis que cortarles los rabos a todos y entregármelos. Y una cerda me la dejáis para mí.

Y así fue. Los otros le pagaron y le entregaron todos los rabos cortados, más una cerda. No hacía mucho que había llovido y se había formado por allí una charca muy grande con mucho barro. Pedro cogió y con toda su paciencia se puso a clavar las colitas de los cerdos, dejando el rizo para afuera. También dejó que la cerda se echara tan ricamente en el barro. Luego se volvió a la casa y cuando llegó, empezó a gritar:

—¡Amo! ¡Amo!

Y el amo, nada más oírlo, salió descompuesto y dijo:

—¿Qué les ha pasado a mis cerdos? ¿Qué les ha pasado?

—Pues nada, que se han metido en una charca y yo solo no puedo sacarlos.

Fue corriendo el amo y, cuando llegó, vio aquel espectáculo y se puso a gritar:

—¡Qué se me ahogan, que se me ahogan!

—Tire usted, amo, tire usted bien, que todavía se podrán salvar unos cuantos.

El amo se puso a tirar con todas sus fuerzas, pero, claro, como no había nada debajo, se caía de culo en el barro, venga a caerse. Va entonces Pedro y le dice:

—Si es que no sabe usted tirar, amo. ¿No conoce usted el refrán que dice: el que tiene fuerza saca rabo y saca puerca? Si le enseño cómo se hace, ¿me da usted lo que saque?

—Está bien. Pero sólo sacas uno —dijo el amo.

Entonces Pedro se fue para la cerda y se puso a tirarle del rabo hasta que consiguió levantar al animal.

—¿Lo ve usted, amo?

El otro se animó y volvió a tirar de los rabos, pero de todos no sacaba más que el caerse de culo, ¡y las maldiciones que echaba!

Aquella noche el amo y su mujer siguieron discutiendo cómo acabar con Pedro. Lo mejor era encaminarlo adonde estaba el gigante, y va y le dice el labrador:

—Bueno, Pedro. Pues ya sólo nos queda el rebaño de ovejas, y hay que pastorearlas en el monte. Conque vete muy arriba con ellas, para que tengan yerba al volver.

Llegó Pedro a lo alto de la montaña y en seguida le salió el gigante. Era un gigante horrible, con un solo ojo en la mitad de la frente. Le dice:

—¿Qué haces tú por aquí? ¿No sabes que el que entra en mis dominios no vuelve a salir?

—Hombre no te enfades —le contestó Pedro—. Ten en cuenta que yo soy un mandao, y si me dicen que venga, pues no tengo más remedio.

—Está bien. Te voy a dar tres oportunidades. Pero ya sabes lo que te puede pasar. Primero vamos a acarrear leña para calentarnos esta noche. Y tú tienes que llevar más leña que yo.

Fueron al encinar y el gigante empezó a arrancar ramas muy grandes y a juntarlas. Pero Pedro cogió un rollo de cuerda y empezó a rodear las encinas.

—¿Qué haces? —preguntó el gigante.

—Nada, que voy a arrancar de un tirón todas las encinas.

—No, hombre, no hagas eso, que con una basta.

—¡Bah, pues para una encina, llévala tú!

—Está bien —dijo el gigante—. Mejor será que me vayas a por agua. Toma este pellejo de toro y me lo traes lleno del manantial que está allá abajo.

Fue Pedro y, en vez de llenar el pellejo, se puso a clavar unas estacas alrededor del manantial, como para hacer un muro. Llegó el gigante y le dice:

—¿Qué estás haciendo ahora?

—Pues ya lo ves. Voy a embalsar toda el agua de la fuente, porque con un pellejo no tenemos para nada.

—No, hombre, no. Con el pellejo basta.

—¡Pues para un pellejo, llévalo tú!

—Está bien —dijo el gigante—. Pues a ver si, cuando llegues arriba, eres capaz de sacar agua de una piedra. Mira, así.

Y el gigante cogió una piedra, empezó a apretarla, hasta que la deshizo y sacó agua. Pero Pedro cogió un trozo de cuajada sin que el otro se diera cuenta, como si fuera

una piedra. Lo exprimió y también salió agua.

—Bueno, hombre, ya veo que eres listo. A lo mejor podíamos ser amigos y todo. Para que veas, te invito a pasar la noche en mi cueva. Así estarás a la lumbre con tus ovejas y no pasarás frío.

Pedro metió todas las ovejas en la cueva del gigante, pero no se fiaba. Fingió que dormía y esperó a que el gigante se durmiera también. Entonces se acercó a la lumbre, cogió un tizón de los más grandes y se lo metió al gigante por el ojo. El gigante quedó ciego y daba gritos de dolor y de rabia. Unos gritos que se oían por todo el monte. En seguida se puso a la puerta de la cueva para impedir que Pedro se escapara. Pero Pedro mató un carnero y se colocó su piel. Por la mañana el gigante abrió para que salieran las ovejas, y las palpaba una a una, diciendo:

—Pasa, ovejita, pasa, que ésta no es tu casa.

Y cuando palpó a Pedro, que iba a cuatro patas y con su piel por encima, no se dio cuenta y también lo dejó pasar.

El amo y su mujer no podían creérselo cuando vieron llegar a Pedro el de Malas con el rebaño tan tranquilo. Ya no sabían qué discurrir, y le dicen:

—Mañana tienes que sacar los dos bueyes de la cuadra: uno riéndose y otro haciendo la venia.

Pues no se lo pensó dos veces Pedro. Cogió un cuchillo y a uno de los bueyes le cortó el morro para que se le vieran bien los dientes, y al otro le cortó una pata delantera.

—¡Venga, señor amo, venga a verlos! —decía Pedro—: ¡Uno muerto de risa y el otro arrodillándose!

—¡Pero, hombre! ¿Qué has hecho?

—¿Se enfada usted, amo?

—No, no me enfado, pero no me gusta —y añadía—: «¡Malas puñalás te den!».

—¿Decía usted algo?

—No, nada.

Por fin, aquella noche le dice el amo a su mujer:

—Mira, esto hay que acabarlo como sea. Y he pensado que tú te subas a un álamo y te

pongas a cantar como la cuquilla.

Así lo hizo la mujer. Se subió a un álamo y se puso a cantar.

—¡Huy, mira, Pedro! Ya está cantando la cuquilla. Ya es razón de que te pague y terminemos nuestro contrato.

—¿Cuquilla en este tiempo? —dijo Pedro—. Eso lo vamos a comprobar ahora mismo. Por lo menos sabremos si es cuca o cuco.

Y con las mismas cogió una escopeta y tiró para donde se oía el canto. De manera que al amo ni siquiera le dio tiempo de impedírselo, sino que sintió caer al suelo a su mujer. Fueron corriendo a verla, y dice el amo:

—¡Pero, so malasangre!, ¿qué has hecho? ¡Has matado a mi mujer!

—¡Hombre!, ¿y por eso se enfada usted? Pues lo pactado es lo pactado.

Y acto seguido le arrancó al amo una tira de pellejo del ancho de una suela de zapato, desde la nuca hasta el pie; y el otro salió corriendo y dando chillidos y no se le ha vuelto a ver el pelo. Conque Pedro se quedó con todas las tierras y mandó llamar a su padre y a su hermano el tonto.